

gonzoso perdón! ¡afrenta cruel! Mas no cejemos en nuestros proyectos; ¡odio eterno contra ellos!

PUEBLO.—Dispón de su suerte; sé implacable ó generoso; dicta muerte ó perdón para el criminal; que nosotros siempre acataremos tus decretos.



ACTO III

Plaza pública de Roma.—Ruinas, restos, monumentos antiguos.
Oyese la campana del Capitolio

ESCENA PRIMERA

Ciudadanos romanos; después CECCO, BARONCELLI, RIENZI

CORO DE CIUDADANOS.—¡Hado fatal! ¡no hay remedio! ¡la discordia renace! ¡Nos venden, y los rehenes han huído ya! ¡Pronto sufrirán el castigo de tantos ultrajes! Acabemos con ellos de un solo golpe. ¡Se les concedió perdón, pero en vano! ¡necio el que fía en su palabra! ¿Y Rienzi? ¿Cómo no se presenta?

CECCO (*acudiendo presuroso*). — ¡Pronto! alerta! corred! Los nobles se arman contra el pueblo; el enemigo se acerca. ¡Maldita clemencia! con nuestra sangre lo pagaremos.

TODOS.—¡Ven, Rienzi! ¡te esperamos!

RIENZI (*presentándose*).— Acudo á vuestro llamamiento, poseído del furor que os anima! ¡Ay de los

que respetó mi clemencia! Puesto que burlaron mi confianza ¡sean para siempre malditos!

TODOS.—Ya ves, tribuno, á dónde nos lleva tu piedad...

RIENZI.—Tranquilizaos; mi corazón, injuriado, arde en deseos de aplicar rigurosa ley; este acero, más veloz que el rayo, no dejará á uno con vida! ¡Que vengan! ¡la muerte les aguarda!

CECCO.—¿Cuál es tu plan? ¿qué pretendes hacer?

RIENZI.—Defender nuestra libertad, y aplicar á los traidores el merecido castigo!

BARONCELLI.—Antes pudiste hacerlo, ahorrándonos la mucha sangre que ha de verterse.

RIENZI.—Nuestro perdón agrava su crimen.

TODOS.—¡Á las armas! ¡mueran todos! ¡sucumban los traidores á nuestros golpes! Dispón, ordena, dínos tus proyectos; dispuestos nos tienes á secundarlos.

RIENZI.—¡En pié, romanos! Á los sitiadores hay que contestarles con las armas. Dios guiará vuestros valerosos brazos. ¡Descendientes de héroes temidos, tremolad vuestra bandera! Resuene en lontananza el grito de guerra: *¡Santo Spirito cavaliere!*

TODOS.—La bandera de un pueblo libre alcanzará nuevos lauros, y Roma, grande por la guerra, verá en breve florecer la paz!
(Parten.)

ESCENA II

ADRIANO

¡Dios poderoso! ¡el grito de guerra! ¡El pueblo se arma, presto á partir! Ábrete ¡oh tierra! y trágame en tu seno. Mi dolor es ya insoportable. ¡Oh muerte, añade otra víctima á las tuyas! Contempla tu obra, Rienzi, tu odio es causa de todos nuestros desastres.

La suerte me arrastra al abismo; ¿á qué partido me inclinaré? ¿Puedo inmolar á tu hermano, Irene, ó armar mi brazo contra un padre?

Dulces ensueños de mi vida, huid, venturas inconstantes, ¡adiós, esperanzas mías! ni una estrella luce ¡ay! entre las sombras de mi noche. Hasta el amor, por el dolor vencido, se extingue en mi corazón!

(Óyese la campana del Capitolio.)

¿Dónde estoy? ¿qué ruido es ese? ¡la campana! ¡gran Dios! el tiempo vuela... Señal de alarma; ¿qué voy á hacer? Corro á encontrar á mi padre; confío en que su odio se desvanecerá; debo vencerle, enternecerle! Si se negase ¡ah! prefiero la muerte. Y si mis ruegos logran ablandarle, también tú, tribuno, cederás!

Dios de amor, infunde en mí la santa llama de tu fe! Celeste espíritu: ven, descende y somete á mis acentos su corazón.
(Se va.)

ESCENA III

Sacerdotes, pueblo; después RIENZI, CECCO, BARONCELLI, IRENE

(Aparece numeroso cortejo; primeramente los sacerdotes, seguidos de ciudadanos y mujeres; luego los senadores.—En pos de ellos Rienzi á caballo.—Junto á él Irene.)

RIENZI.—Por fin brilla el día de promisión en que han de sucumbir nuestros enemigos. Sobre vosotros velan vuestros antepasados; el acero herirá á los traidores. Sembrad el terror á vuestro paso entonando el himno de los combates: *¡Santo Spirito cavaliere!*

CORO. (Himno guerrero).—¡Adelante, pueblo! ¡en pié, sacerdotes y soldados! ¡guerra á los tiranos! ¡Afrenta y maldición á los traidores! Dios los condena

á eternos remordimientos. Para ellos no haya piedad. Batid, tambores; sonad, vibrantes clarines, anunciando un día de gloria! Humeantes aceros, abrid negros surcos ante el carro de la victoria. Resuene en lontananza el grito de guerra: ¡*Santo Spirito cavaliere!*

ESCENA IV

Los mismos, ADRIANO, corriendo

ADRIANO.— ¡Detén! tribuno! no avances! ¡Consiente en vencer sin combatir!

RIENZI.— ¡Atrás! me das lástima, hijo de un traidor fuera de la ley!

ADRIANO.— Oye, por favor, mi súplica. Deja que vaya á encontrar á mi padre! Intenté salir; pero ¡ay! cerradas están todas las puertas! Óyeme; da orden de suspender la marcha del ejército; aún confío en mi osadía!

RIENZI.— ¿Quién sino tú me indujo antes, como ahora, á ser clemente? ¡por qué no destruí entonces tu raza! ¡cállate! ¡demasiado débil he sido!

ADRIANO.— Cede ¡oh tribuno! á mi profunda pena. No, no más sangre, no más terror! Sea mi vida prenda de futura tranquilidad.

RIENZI.— Sonó la hora, y no cabe dilación. En marcha, romanos; seguid mis pasos.

ADRIANO.— Recuerda nuestra amistad, y muéstrate por Dios, piadoso.

RIENZI.— No hay potencia en el mundo que logre ablandarme ya!

ADRIANO.— ¡Bárbaro! hiere, pues; inmólame tú mismo.

RIENZI.— Levántate, pobre insensato! Nuestro deber es nuestra guía.

ADRIANO.— Entonces, caiga sobre ti, tirano, la sangre derramada.



CORO. (*Himno guerrero.*)—Adelante, pueblo! en pié, sacerdotes y soldados!

ESCENA V

ADRIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Adiós, alma mía! he de abandonarte! el honor lo exige! voy á partir!

IRENE.—La muerte te espera en las murallas; si partes, espiro.

ADRIANO.—¡Déjame! quiero morir! es preciso! ¡ah! deja que cumpla mi deber! Mi corazón, escuchando tu voz, se conmueve; no me detengas, no.

IRENE.—¡Bárbaro! ¿no he cifrado en ti solo toda mi esperanza? ¡ah! ¡quédate! el Dios del cielo te prescribe este santo deber!

ADRIANO.—¡Escucha! allá!... ¿no oyes esos gritos? tu hermano destroza á nuestros amigos.

ESCENA VI

Los mismos, monjes y doncellas del pueblo

(*Óyese el fragor del combate. — Llegan precipitadamente monjes y doncellas del pueblo, y se arrodillan.*)

CORO.—Santa madre de Dios, Virgen María, oye nuestras preces! Tú que lloraste en el Calvario, salva á nuestros hijos, á nuestros hermanos! Protégenos desde el cielo, santa Madre de Dios!

IRENE (*deteniendo á Adriano*).—Detente en nombre del cielo. ¿Quieres perderme sin remisión?

ADRIANO.—El rumor crece, ¿oyes? y mi padre me aguarda en vano.

IRENE.—No: lo que te aguarda es la afrenta! Mátame si quieres, y vete!

ADRIANO.—¡Día de horror! cruel destino! ¡concededme ¡oh cielos! la muerte

CORO.—Dios omnipotente, Padre nuestro! en ti esperamos! libranos, Señor, de tanto mal! (*Óyese á lo lejos el himno guerrero.*) ¡Guerra á los tiranos! ¡mue-
ran los traidores! ¡adelante, pueblo! ¡en pié, sacer-
dotes y soldados!

CORO.—¿Oís el himno de guerra? Al fin vencieron!
Bendito seas, gran Dios!

IRENE.—Van á llegar!... mi hermano!... gloria á él!...
(*El himno de guerra se aproxima.*)

ESCENA VII

Los mismos, BARONCELLI, CECCO, RIENZI

RIENZI.—No más opresores ya, á orillas del Tíber.
Nuestros enemigos quedan abatidos. Roma ha pade-
cido, pero al fin es libre; los traidores ya no existen.

CORO.—¡Ah! gloria á ti! gloria al vencedor! gloria á
nuestro salvador! Inclinémonos ante él, y alfombre-
mos de flores su paso! Nada resiste á tu potencia; un
dios vengador guía tu mano!

BARONCELLI.—¡Cuánta sangre! luchas homicidas!
Sobre nosotros se cierce el luto; ¡cuántas mujeres,
cuántas madres llorarán á su esposo ó á su hijo!
(*Entre la muchedumbre pasan los heridos. Adriano reco-
noce á Colonna á quien conducen en una parihuela
formada de lanzas entrecruzadas.*)

ADRIANO.—¡Ah! ¡padre mío!

TODOS.—Ya no existe.

ADRIANO.—¡Tribuno! el cielo me escucha: Dios hu-
millará tu frente; la muerte te espera, tiembla, cruel!

cuando te ofrecí mi sangre toda en prenda de eterna
paz, fuíste inexorable! entre los dos se alza el crimen,
tribuno! el crimen nos será común. Saciado está tu
odio, pero el mío no, y tu vida saldrá esta cuenta!

(*Parte.*)

RIENZI.—No hagáis caso de su infantil desespera-
ción! ¿qué le importan esos clamores al pueblo victo-
rioso? Roma es libre. Olvidese toda pena; cántense las
virtudes de nuestros héroes! la gloria corona vuestras
frentes! No más tiranos! el Capitolio consagra vuestra
soberanía.

CORO.—¡Al Capitolio! Al Capitolio! Victoria á los
valientes! Gloria á ti, Rienzi, que rompiendo nuestras
cadenas devolviste la paz al pueblo-rey!